

quista, era un niño fino, muy bien educado, que había recorrido lo principal de Europa gastándose una suma moderada de sus rentas, en conocer lo que un extranjero timorato puede admirar en esas grandes ciudades. De vuelta en México, aparentaba haber olvidado el español sin que fuera dable asegurar que conocía otro idioma; vestía de una manera irreprochable y cuando por la tarde cruzaba por entre las filas de carruajes de la calzada, guiando un caballo medio inglés, al lado de su *groom*, siempre de librea, tieso é inmóvil en su barnizado *dog cart*, casi parecía algo digno de tomarse á lo serio. Era, por lo demás, inocentón é incapaz de hacer mal á nadie. Su mayor defecto, creerse dueño de una figura arebatadora, no ofrecía grandes riesgos. Suponíase á la vez un tronera distinguido, en determinadas ocasiones, y saludaba con una sonrisilla á lo escéptico que no le iba tan mal.

Sin saber quién era, en su afán de seguir á las mujeres, había seguido á Miss Eva hasta la puerta de su habitación. Lo habían encantado la estatura y demás accidentes que gallardamente lucía, y resolvió hacer todo lo posible por conocerla, por visitarla.

—Me fastidio—decía á sus amigos.

Cuando Miss Eva notó que la perseguían, avivó el paso y luego se detuvo para aclarar las intenciones de su enamorado. Fernando se dió por satisfecho y se retiró aquel día, al observar la actitud enérgica de su futura víctima. Casualmente

conocía á un muchacho del que podía servirse en su empresa, que hablaba el inglés medianamente

Cuando supo los deseos de Fernando le ofreció ayudarlo en todo y por todo. Averiguó el domicilio, se hizo presentar á la joven y aunque no lo autorizaron para visitar la casa, atribuyó esto á una distracción, comprendiendo que precisaba arriesgar algo para obtener un poco.

Llegaron á una casa, no muy céntrica, habitación de la chica, llamando á la puerta con decisión. Fernando no estaba enteramente tranquilo, disimulaba sus temores deseando en su interior que Gabriel, desistiera del empeño de entrar.

—¿La señorita Blackhill?

—Voy á avisar. ¿El nombre de usted? Y ambos se apresuraron á entregar sus tarjetas al criado que les había abierto. Se oían voces, muy adentro, sin poder apreciar el asunto que las motivara aunque parecían venir de varias personas hablando al mismo tiempo. ¿Tendría amante ó reunión? Sin embargo, era muy raro no escuchar más que voces masculinas, pero aunque fuera toda la familia de Otelo tenían que esperar, qué diablo!

—Que podían pasar,—les anunció el criado introduciéndolos en un saloncito escaso en mobiliario y alumbrado. Una lámpara á media luz iluminaba sólo la mitad de la pieza; en la otra, había más sombra por un velador puesto al efecto.

Instintivamente, Fernando, se llevó la mano al reloj y “es una repetición,” dijo á Gabriel.

Salió Miss Eva y siempre con su voz de contral-

to en ejercicio, saludó á Gabriel, acogió á Fernando con amable sonrisa y los invitó á sentarse. La situación era tirante, hubo un momento de silencio. Gabriel comenzó contando que, pues, nada, que de paseo con su amigo, había querido entrar á saludarla y á presentárselo, pero que no hablaba inglés, ni una palabra, que sería un mudo admirador de su belleza, completamente mudo. Fernando se hizo traducir alguna que otra galantería que fué aceptada friamente, sin desatención pero sin entusiasmo. Ella contestaba las más de las veces monosilábicamente como si no quisiera hablar ó le costara grande trabajo. Sí, estaba recién venida, había llegado con la última excursión, la alojada en Iturbide; prefería vivir sola, estar á sus anchas. No sabía aún, cuándo regresaría á los Estados Unidos, lo más pronto que pudiera, al concluir un negocio que la interesaba muchísimo.

Se levantaron, tal vez habían abusado, muy agradecidos. Y haciendo reverencias salieron hasta la calle sin que ella los acompañara ni les indicara que vería con gusto una segunda visita, desairados y coléricos.

—¡Estas americanas son tan raras! Prescinde de tu aventura que no augura nada bueno.

Pero al contrario, estaba más decidido que nunca, se entretendría en domar fiera semejante; y la domaría, y pasarían momentos muy agradables. Siquiera era algo nuevo, saldría de lo común,

de lo vulgar, no le arredraban los gastos ni las dificultades.

—Oh, no, en cuanto á eso no había cuidado. Siempre tendría ocasión de retirarse á tiempo y con honra.

Le traduciría sus cartas á él, una diaria, por lo menos, y á fuerza de flores, misivas é invitaciones, se rendiría muy pronto.

Desde el día siguiente, comenzaron los envíos de enormes *bouquets*, con su tarjeta los primeros, sin dedicatoria sin solicitudes, la fecha escrita á lápiz sobre la cartera, de prisa y con poco interés. Todos eran aceptados, sin rehusarlos, sin repugnancia; pero no contestaba, nada, ni las gracias. Principiaron las cartas, frívolas y vacías de sentido, preguntándole por su salud, rogándole que aceptara esos ramos que no tendrían más valor que exhalar su suave perfume, allá, en el fondo de su gabinetito ó de su alcoba. Fueron después ardientes, apasionadas, con declaraciones de todos géneros, de todos colores, desde la súplica hasta la ironía, desde la ternura hasta la dureza. Hablaban elocuentemente los tales papeles con su monograma á la izquierda, azul y oro; palpita el deseo, un deseo brutal, de hombre rico acostumbrado á triunfar variando la cifra, y que se encuentra atajado por mujer inteligente. Era abrumadora la castidad de Miss Eva, algo inexplicable y misterioso. Una respuesta á nadie compromete. Se dice "no" á secas y se acaba la insistencia. Preferiría que le dijera hasta un insulto, pero que hi-

ciera algo. Pasábase todo su tiempo libre, que era mucho, incrustado en la acera de enfrente, espiando los menores movimientos, las salidas de los criados, todos á sus órdenes gracias á las generosas propinas, á pesar de las que nunca variaban los informes. La señorita era inabordable, no la comprendían bien, jamás se ocupaba de él. Los *bouquets*, sí, los recibía, los hacía colocar en la sala, en el corredor, en todas partes, y cuando se secaban, los mandaba tirar con la misma indiferencia que para la colocación. Con muchas visitas todos los días y á todas horas, hombres únicamente, pero como ya sabe usted que hablan en una lengua..... que vamos, no entendemos señor. Fernando rabiaba, se iba interesando sin sentirlo. Disminuían sus exigencias, imploraba, rogaba humildemente la concesión que quisiera otorgarle, verla un momento, que se dejara ver, prometía, juraba que sería respetuoso hasta la exageración.

—Soy un caballero,—decía en sus epístolas,—pero un caballero enamorado.

Luego, lo que lo enardecía era saber que recibía hombres en tal cantidad. Hasta pensó en disfrazarse de criado para estar momentos cortos á su lado. Había cambiado de costumbres, no veía á nadie, siempre con la idea fija, como obsesión, como pesadilla. Sus amigos, adivinando la causa del trastorno, lo bromeaban, le habían puesto “el americano”.

No veía tampoco á Gabriel, le cargaban sus con-

sejos por lo mismo que comprendía lo justos que eran; lo esquivaba para salvarse de una disertación, prefiriendo andar solo con sus desencantos. Una circunstancia vino á acabar con lo poco que de paciencia le quedaba, Miss Eva no volvió á salir, ó si lo hacía, era á horas que él no pudo nunca averiguar. Inútil fué que recorriera paseos, templos y diversiones; no la encontraba. Lo mejor, lo más cuerdo era avisar á la policía, que se encargara de buscarla y de encontrarla, porque la encontraría, era claro, no faltaría más sino que también se burlara de la policía. Así podría darse el gusto de verla, de hablarle y tal vez hasta de que cambiaran los papeles implorando ella á su vez una ayuda, una fianza, una mano amiga que la ayudara á salir de donde por ningún título podía permanecer. ¿Pero de qué la denunciaba? Nadie conceptuaría un delito su vida íntima. Salir ó no salir y recibir las visitas que agradan, es un derecho del que disfruta cualquiera. Había para volverse loco ó para armar un escándalo formidable, gigantesco. Tocaría, indudablemente abrirían la puerta supuesto que nadie sospechaba su plan ni mucho menos. Esa sería la dificultad, pues una vez adentro, se declarararía de viva voz, pintándole elocuentemente y con los colores más vivos, su cariño inmenso, la haría comprender que un capricho contrariado en un principio origina una pasión de destino desconocido, le narraría sus sufrimientos con tal fidelidad, que ella accedería á todo, aunque fuera poco á poco. Suponiendo que

se negara á recibirlo, él derribaría cerraduras y consignas, cuanto se opusiera á su paso. Forzoso le era manifestar firme carácter ó prescindir de la empresa. Tomaría sus medidas á fin de asegurar el éxito; lanzarse así, á la buena de Dios, no sería prudente. Recordaba cuanto de las americanas se cuenta; que usan pistola y no de adorno, que le plantan dos bofetadas al lucero del alba si las ofende, que se andan sin gritos y sin debilidades salvando su castidad, cuando les conviene; que no se asustan por nada, ni se desmayan, ni padecen ataques, ni crisis nerviosas. El negocio no estaba tan sencillo, qué había de estar!; pero también seguir así, le parecía ridículo. Una decisión cualquiera, he ahí lo que le faltaba.

—¿Por qué no he de consultar á Gabriel? Es hombre de recursos y si me conserva rencor por mi frialdad, yo haré que la olvide.

Se encontraron casualmente, en la calle, y se saludaron. Nó, no estaba resentido, pero supuesto que no lo consideraba útil, debió retirarse.

Tenía noticias, noticias importantes.

—Figúrate—le dijo—que la he visto en una cantina, anoche, tomando copas con hombres, como si tal cosa. Al principio dudé, me pareció imposible,—pero había entrado y se había convencido. la misma, con su voz gruesa y sus ojazos negros.

—Entoncés, no valía la pena, una de tantas aventureras que trataba de pasar por señora sin serlo; á qué pues, fingía tanto con él.

—Por explotarte, sabrá que no estás tan tirado

á la calle y quiere que lo estés por su causa. Te ha visto encaprichado y se aprovecha, enardeciéndote más cada día, hasta que no repares en el precio, hasta que la cubras con oro ú otra especie de moneda. No ha de ser escrupulosa para recibir. Cambia de táctica, aléjate, que suponga que desistes y ella lo llamaría. Estaba convencido, y supuesto que no la quería... podía consolarse, las mujeres sobran, chico!

IV.

Los demás excursionistas se divertían, á su modo, pero se divertían. Todas las mañanas, temprano, cuando la ciudad dormía aún, recorrían las calles principales, formados militarmente y escoltados por una turba de vendedores ambulantes. Llegaban hasta el Mercado de Flores, en donde las señoras se surtían abundantemente, colocándose las en la cintura y en el pecho sobre todo, pareciendo á distancia, como si trasladaran tiestos sembrados en el trópico. Deteníanse á cada paso, frente á la Catedral, en los portales, preguntando los precios de indios de barro ó toreros de cera, por medio del intérprete, ó tomando el objeto en una mano que levantaban y bajaban ante el absorto mercader. No se daban tregua, caminaban sin cesar, los hombres colgados del brazo de las mujeres, y éstas, armadas de sombreros colosales, paraguas, impermeables, a'zando descuidadamente la falda del vestido y mostrando los pies hasta

el final de la bota, sin preocupación y sin malicia. Comían juntos en el mismo restaurant, reuniendo varias mesillas para formar una grande. Otras veces, tomaban una media docena de coches y se colaban bastantes en cada uno, subiendo los varones al pescante é interrogando en inglés á los aurigas que no entendían ni palabra y que silbaban á los compañeros recomendándoles la bondad de la parroquia; llegaban al bosque ú otro punto cercano, volviendo cargadísimos con ramas de todas clases, guedejas de heno, hojas secas, empolvados, sin aliento y contentos. En las diversiones, su llegada simulaba la de una tribu. Alquilaban en el circo una serie de pa'cos corridos, gozando hasta la beatitud con los chistes del *clown*, las contorsiones de los equilibristas y la buena educación de los caballos. En el teatro no les eran bastantes dos bancas completas; se acomodaban con toda la corrección anglo sajona, sin ruido, sin molestar á los vecinos, en muy buen orden, siguiendo al acomodador y conversando en voz baja. Los ancianos se encasquetaban una gorrilla de seda negra, al correrse el telón, y no se movían más que al comenzar el entreacto, sin reirse de las gracias de la pieza por mucho que fijaran su atención, pero aplaudiendo siempre una nota alta ó algún bailable. Jamás Miss Eva los acompañaba.

—¿Qué se habría hecho?—se preguntaban al recordarla, y nadie daba razón, en ninguna parte la veían, ni siquiera un encuentro casual. Era extraordinario, parecía natural que sabiendo su alo-

jamiento los hubiera buscado para charlar, á lo menos.

Uno de los intérpretes, presentó á Fernando, al concluir la representación, con los más prominentes. Fué muy bien acogido, pero era lástima no entenderse.

—Ah, sorprendente, muy curioso, muy curioso estaba México, un clima delicioso, muchos tranvías, luz eléctrica, prosperaba.

—El señor—decía el intérprete—desea tomar informes acerca de Miss Eva, se la recomendaban por carta reciente é ignoraba dónde viviera, deseaba ofrecerle sus servicios, ver si en algo le era útil, por cortesía; una señora sola, puede necesitar de algo, sobre todo si no conoce á nadie.

Nada podían informarle, no habían vuelto á verla. En el camino se mostró muy excéntrica, mucho.

—Parece que ha tenido un gran pesar, no podemos asegurarlo, pero nos dijeron que en Tejas hubo su historia de amores desgraciados que la dejaron con una pena inmensa. Sin embargo, jamás se quejaba ni decía la menor palabra á ese respecto. Por otra parte, tenía costumbres bastante extravagantes.

Y contaban, indignadas todavía, lo que demoraba por las mañanas en el tocador, haciéndolas esperar; el cuidado que demostraba porque no le vieran la cara; lo poquísimo que hablaba y su predilección por la soledad y por el aislamiento. Fernando se interesaba por esos detalles, hubiera que-

rído prolongar la conversación, averiguar cuanto se relacionara con ella, descifrar un enigma tanto más notable cuanto que se trataba de una americana que en lo general son poco afectas á lo misterioso. Quedó de visitarlos antes de su partida, se marchaban dentro de quince días, y en las noches, antes de salir á paseo, se reunían en el salón del hotel á tocar el piano y á conversar un rato. ¿Qué necesidad tenía de andar en congojas y sobresaltos por una mujer caída de las nubes, que nadie conocía y que era criticada por sus paisanos mismos? Buena debía de estar la tal Miss Eva. ¡Bah! no había que ocuparse más de este asunto; tenía razón Gabriel, si lo necesitaba ó le nacía algún interés por él, ya se daría sus mañas para encontrarlo. Formó, pues, su resolución y tranquilizado aparentemente, se recogió. De vez en cuando, ya en la cama, pensaba en Miss Eva, y era natural, tanto día encaprichado en hacerse querer, habían acostumbrado su pensamiento, pero... y se durmió recordando á una horizontal recién llegada también.

V.

“Pues bien, sí, aunque le diera pudor confesárselo; también ella había llegado á interesarse, pero lo difícil de su situación le había impedido admitir sus galanteos, aunque los agradecía en lo íntimo porque adivinaba el noble y puro sentimiento á que obedecían. Lo quiero á usted. No sé donde me conducirá este cariño que tanto he

combatido temiendo una desgracia, no puedo vencerlo ya, tengo la convicción de que no abusará usted de mí. Soy tan infortunada”...

Fernando no daba crédito á su vista, acababan de despertarlo para entregarle esa carta y creyó en la continuación de un sueño agradable que no había empezado. Siguió leyendo, con un codo apoyado en las almohadas. Continuaban las quejas en tono inteligente y lastimero, prometía contar su historia completa, sin ocultarle nada, con todas sus miserias y contrariedades; estaba segura de inspirarle lástima; contaba con su apoyo, un apoyo que se le figuraba leal y sincero.

Y firmaba, “Eva,” sin apellido, sin miss, sin nada.

—¿Quién ha traído esto?—gritó Fernando.

—Un negro, señor—contestó su ayuda de cámara.

Por poco no le tira con algo, creyendo que se permitía una broma. Contúvose al mirar la respetuosa seriedad de su fámulo. ¡Un negro! pero ¿qué tenía que hacer un negro en esta historia románticamente escrita en mal español? Ésa mujer se había propuesto volverlo loco á fuerza de ridiculeces. Mire usted que emplear un negro, donde hay tan pocos, era mucho cuento.

—¿Y qué clase de negro?—preguntó de nuevo.

—Pues... un negro... como todos—contestó el camarista sin entender muy bien el significado de la pregunta.

—Habrá animal—repuso Fernando—te pregun-